

La red de volley.

Capítulo 1.

ENTRENAMIENTO Y...

Había sido un entrenamiento duro. Duro y algo más. A lo físico por ser jugadora, se le sumaba el ser la voz cantante; tener el plan de entrenamiento en la cabeza para no tener que echar miradas al folio-resumen y mostrar falsas dudas. Además ya habían empezado a aparecer las primeras voces disonantes entre algunas compañeras: frases con intención y actitud crítica. Y eso hacía que todo se viera más cuesta arriba, aun tratándose de una ilusión más que una realidad, pues la mayoría "estaban con ella al cien por cien", como había oído en los labios de Almu.

La sirena mental al llegar el final del entrenamiento y el agua caliente le habían sentado fenomenal. Las risitas de Anselma y las burlas disimuladas de Goyi casi habían abandonado su mente. Casi porque, al verlas frente al espejo tras salir de la ducha, algo encendió esa mala sensación de nuevo. Aun así, y haciendo caso omiso al intento de emerger de ese pensamiento negativo, consiguió sentarse tranquila y con una sonrisa en la banqueta, y fue vistiéndose poco a poco, con parsimonia, como escuchando una música pausada, arrastrando su gestos con su ritmo.

Estaba a punto de despedirse de las jugadoras aún presentes cuando algo sonó en su mochila. El móvil. Y sabía bien por qué, aunque durante el entrenamiento hubiera conseguido olvidarlo. Un vistazo y sospecha confirmada: la reunión fijada con el patrocinador principal, que ella debía confirmar. ¿Apetecerle? Nada de nada. Ni le gustaban los temas de dinero; ni tampoco asumir aún más responsabilidad, como se pretendía; ni siquiera Tomás, le resultaba agradable. Le parecía altivo tras esa mueca de aire desenfadado bastante falsa y esa sonrisa de pícaro colaboración. No algo no le transmitía. Veremos la que me tiene preparada... pensó.

Para su sorpresa, algo más parpadeaba en la pantalla de su teléfono. Un mensaje. A ver, a ver... ¡Sí, sorpresa, de verdad! Le había escrito Fran. Un muchacho tímido y algo inseguro. No especialmente atractivo ni guapo. El tipo de joven en que no te fijas si te lo cruzas por la calle. Pero... pero le caía bien, a pesar de saber que no se atrevía; que callaba más de lo que hablaba; que ella le gustaba y él no sacaba el arrojo mínimo para soltárselo. Además, su mirada. Esa mirada de soñador semidespierto. De cielo nublado que esconde un sol radiante. De dulzor extremo en un paseo por el parque. Sí, ése era Fran. Y éste su mensaje.

Entonces su cabeza se quedó como parada un instante. Desconexión mental transitoria. Elegir siempre es difícil, incluso cuando sabes qué no quieres si esto te puede ayudar. Lo semiodiado, la querencia de un encuentro, o el descanso tan deseado como necesitado: todo giraba elípticamente en su cabeza. Una cabeza que parecía haberse colapsado pero que muy lejos de esto, no paraba de argumentar a favor y en contra de todas las opciones, sin acabar de decidirse.

¿iQué queréis!? ¡iSi estamos hablando de décimas de segundo!!

Entonces... ¿Qué haría? ¿Cumplir con la reunión fijada aún sin confirmar? ¿O llamar a Fran y tomarse las cañas que le proponía esperando a ver si le hacían efecto y se animaba a "acercársele"?



Capítulo 2B.

VINO Y CINTURA.

El cansancio o la cobardía le llevaron a escribirle un mensaje. Al poco, Fran había contestado y tenían lo que los estadounidenses llamarían una cita.

Una tappería con aires de "diseño" pero no tan eficaz en su servicio fue el lugar elegido por el joven-de-ojos-azules. Él pidió una caña con limón, ella se puso su casi olvidado disfraz de sofisticación y se pidió un "riberita del Duero, gracias". La pinta de las tapas estupendas y su elección, a cargo de Fran, quien se apresuró a elegir por los dos asegurando que se decantaba por lo mejorcito de la casa.

La conversación -¡¡Oh, magia inexistente!!- no fue fluida. Como si él no consiguiera salir de la fase de reconocimiento: trabajos, el equipo, algunas aficiones, música. Nada sobresaliente. Nada especialmente personal. Nada que supusiera un guiño a la galantería o el más directo cortejo. Ni siquiera sus gestos eran lo suficiente cercanos o apetentes de conquista. Nada.

En realidad, y siendo algo más detallistas en nuestro análisis: casi nada. Sí que hubo algún roce que parecía buscado, alguna caricia encubierta y alguna palabra galante. Si bien es cierto que muy poco para las alturas del "inventor".

Sin embargo, Fran se empeñó en que se echaran una foto juntos. Lucía no estaba por la labro. Se resistió un poco, pero acabó accediendo. ¡Qué malo hay! ¿El cansancio, el chándal, mis ojeras?- se puso a recordar. No creo que lo vayan a publicar en el "Hola" o el "Vannitty Fair". ¡Venga, sonrío, qué más da! La camarera metió la pata:

- ¿Una foto de primos que se vuelven a ver? ¿Para la familia? – pero la repentina cara cambiante y dura de Fran, le hizo mirar hacia la cámara y sus botones, como amilanada.

- No, no –rió Lucía, somos amigos.

- Eso es –y entonces Fran acercó su cuerpo al de la deportista y la cogió de la cintura, mirando fijamente a la camarera y añadiendo: amigos. La camarera se sonrojó o algo peor.

- ¡Ey!, ¿y este ánimo repentino? –casi deseando que fuera duradero.

- Perdón, no pretendía – se escondió Fran, con su mirada algo nerviosa y su gesto vuelto a la timidez habitual. ¡Lo siento!

Pero quien lo sintió fue Lucía, que ya se acabó de cerrar el rato más que estuvieron acabando de picotear y beber. Había avistado una ventanita de esperanza y (el muy imbécil) la había cerrado al instante. Hombres... ¡O unos perversos que sólo babean o unos auténticos bobos que no se enteran de nada! De esta me paso a la cera de Anselma. ¡Al menos las mujeres sabemos lo que queremos, coño! Y se le dibujó una sonrisa con el juego de palabras que Fran interpretó como positiva y a la que respondió de igual manera.

Al despedirse ella se encargó de lo que ya sabía que él no se atrevería a hacer y giró descaradamente la cara para que fuera un beso en la mejilla, al que inexorable, siguió un segundo. No, realmente en la cabeza de Fran no se contemplaba besarla.

¿Creéis que Lucía debe quedar de nuevo con el buen muchacho y darle así una oportunidad más, quizá la última? ¿O pensáis que sería mejor empezar por borrar su número de móvil o no descolgarle nunca más ni responder a sus mensajes? Votad y... así será.



Capítulo 3A.

MOMENTOS.

Vestuario del femenino de volley. Tras acabar el entrenamiento...

- ¿Qué se habrá creído la tipa ésta?

...

- Pues no me ha corregido la colocación. Y luego, luego, ¡un remate!! ¿Qué se habrá creído?

- Lo mismo... -intenta intervenir Goyi-

- Soy mucho más jugadoras que ella. Mucho más. Y tengo más idea de volley... ¡¡vamos, vamos!!

- Sí, tú eres muy buena. Y sabes...

- Mucho más que Lucía -vuelve a intervenir Anselma, subiendo más y más el tono, y añade casi a voces- ¡Más que ella sabe cualquiera! ¡Por lo menos de volley y de cómo llevar a un equipo! ¡Eso lo sabe todo el mundo!

- No te creas, es que tú eres muy especial... y estás muy preparada, Anselma, eso se te nota rápido.

- Sí, pero... ¡¡Es que no la aguanto!!

- ¿Pasa algo? -con una pregunta directa y mirando directamente a Anselma Lucía hace acto de presencia en el vestuario-

- No, que... -trata de salir del tema Goyi, pero pronto la interrumpe su amiga-

- ¡Que no te aguanto más y que no tienes ni idea! -y añade Anselma voz en grito: ¡¡Ni i-de-a!!

- Claro, -respirando y volviendo a mirar a su jugadora- y tú sí, por supuesto.

- Eso no lo duda nadie.

- Nadie. No. -y tras un silencio, le pregunta sin quitarle ojo- ¿Y?

- Que veremos si vuelvo a entrenar. ¡Que estoy harta! ¡Que no te aguanto más! ¡Que...!

- Tranquila, Selma, -la consuela Goyi tocándole la espalda y acercándose a ella-. Tranquila, que no es para tanto.

- ¿Que no? Ya veremos...

- Bueno. Yo no puedo decirte nada -añade Lucía con toda la tranquilidad que en realidad no tiene-, sólo que la puerta está abierta, pero que el equipo te necesita -suspira-. Nada más.

- Veremos. Veremos. -y la pareja de jugadoras se retira del vestuario sin haber llegado a ducharse, mochila en mano-



Al salir, Almudena busca con la mirada a Lucía. Le hace un gesto de asentimiento con la cabeza, animando su actitud. Se le acerca y comienzan a hablar de este problema, aunque han de esperar a que Lucía calme sus lágrimas. Lágrimas que hace ya unos días que comenzaron a brotar y se repiten en tu rostro episódicamente.

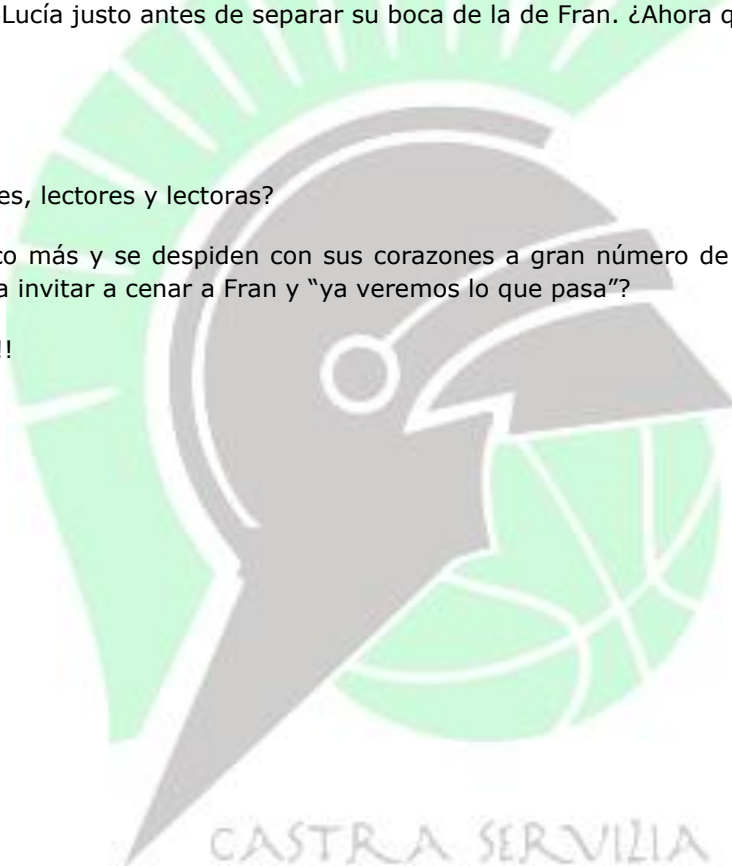
Al aparcarse su moto y retirar la llave del contacto se percató de una presencia en su mismo portal. Allí en la puerta, ahora oscura, se recortaba la figura de un hombre. Alto y delgado. Se fue acercando mientras buscaba en su mochila las llaves. Pocos pasos después lo reconoció. Era Fran. Tenía una maravillosa sonrisa esperándola. Ella sonrió aunque le costó un poco. Y él se acercó a darle dos besos en sendas mejillas.

A pesar de comentar a las primeras que estaba agotada y poco animada, Fran consiguió que la conversación entre ambos fluyera, algo que había venido siendo más habitual las últimas semanas. La cogió de la mano, mientras ella le hablaba, la escuchó con atención y se mostró comprensivo. "No te preocupes, -le repetía a la entrenadora-. Todo irá a mejor. Ya verás". Y ella tuvo una punzada. No en el corazón, como suele decirse, sino en la boca del estómago. Y quedó callada un instante. Él la besó en la boca y Lucía respondió. Lo alargaron. Le gustó mucho. ¿Y ahora qué? se interrogaba Lucía justo antes de separar su boca de la de Fran. ¿Ahora qué? se repetía.

¿Qué se les ocurre a ustedes, lectores y lectoras?

¿Siguen besándose un poco más y se despiden con sus corazones a gran número de pulsaciones? ¿O aprovecha Lucía esas pulsaciones para invitar a cenar a Fran y "ya veremos lo que pasa"?

¡¡Hagan juego con su voto!!



Capítulo 4B.

CONFIDENCIAS Y DECISIONES.

Durante el minuto que apenas duró el trayecto en el ascensor, no cruzaron palabra. El silencio sólo se interrumpió al abrir la puerta de su apartamento y a Lucía no le dio tiempo siquiera a dejar las llaves en el recibidor cuando ya estaba a horcajadas apoyada en las caderas de Fran, sostenida en el aire contra la pared, agarrada a su cuello, mirándole directamente a los ojos. Comenzaron a desvestirse sin pausa, con el torpe deseo encendido de dedos noveles tanteando las curvas.

Él inspiró con fuerza el olor por entre la melena de Lucía, susurrando caricias a su oído; mordiéndola suavemente. Casi rasgó las ropas al quitarlas hasta que averiguó cómo desabrochar el sujetador -Y se paró un breve instante a contemplarla desnuda- Mimó con fruición sus pechos sonrosados y erectos por el frío y los nervios, recorrió su costado raspando la piel con su barba del final del día y la atrajo hacia sí en un abrazo íntimo que correspondió con un largo beso.

Ella sólo acertó a pensar que ya no iban a cenar, o quizás sí, pero de otra forma.

...

- Almu, buenos días.

- Serán para ti, chica, que son las doce de la mañana. ¿Has descansado? -su amiga, percibiendo por el móvil el tono de voz fatigado, falló al imaginar las razones del desvelo-.

- No mucho.

- ¿Y eso? -continuó- No le des más vueltas al asunto. Ya sabes que la Piña -mote que habían puesto a Anselma por sus pelos cortos peinados en picos- tiene esas salidas de vez en cuando. Una forma de llamar la atención.

- No, no. Si no me había vuelto a acordar.

- ¿Entonces? -dudó-

- Anoche, cuando llegué a casa desde el entrenamiento, Fran estaba esperándome en el portal. Empezamos a hablar, y una cosa llevó a la otra.

- ¡Joder! ¡Tú sí que sabes ahogar las penas! -y entre las risas de ambas, consiguió preguntar- ¿Y qué tal?

- Me duelen las piernas.

- ¡Qué bruta eres! -y muda le cuestionó- ¿iSigue ahí contigo!?

- No, no. Se debió marchar temprano porque ni me he enterado ni me ha despertado. Sólo me ha dejado en la almohada un cordón de cuero con un cascabel que él llevaba al cuello.

- ¡Vaya con el gatito ingenuo!

- Sí... Anoche parecía otra persona... Otro... No sé, distinto.



...

Cogió el brik de zumo y encendió el portátil. Un largo correo de Tomás con el boceto de una imagen. Era la primera comunicación que tenían desde que ella no respondió a su llamada. Había intentado contactar varias veces, incluso tenía preparada una excusa, pero sus intentos fueron estériles. El vestuario comenzaba a interrogar por las "ideas" que prometió a mediados de verano y que aún no conocían: el dinero, al final siempre es el dinero. Ahora, no le gustó ni lo que leía, ni obviamente, lo que veía. Ya no le quedaban ganas de reír.

¿Qué decide la #aficióncastrense? ¿Intenta solucionar por su cuenta el asunto? ¿Reúne al grupo y expone el caso? ¿O desestima el correo con el grave perjuicio?



Capítulo 5A.

¿VOLLEY?

Como siempre que estaba nerviosa, no podía permanecer sentada. Deambulaba... del portátil al frigo, del frigo a la ventana, de la ventana al dormitorio... y vuelta a empezar. Conocía su mecanismo de actuación; ahora le sobrevendría un repentino ataque de calor.

El mensaje no podía estar más claro, e incluso si quedaba alguna duda, la imagen descartaba cualquiera. Tomás pretendía uniformarlas con un body de lycra, completamente ceñido y sin espacio para la ropa interior. "Por comodidad", argumentaba. Aquello no era deporte; sería vender morbo gratuito -ya la modelo fingía más cara de golfa que de actriz-. Razonaba que es una práctica muy extendida entre la especialidad de playa, que había incrementado exponencialmente las audiencias y que les permitiría ser más populares -el colmo: jugar por la popularidad-. "Os veréis bonitas", terminaba el correo.

Con una mezcla de mala hostia y decepción, se metió en la ducha. Intentaría verse con él; cara a cara.

...

- Cálmate, Lucía.

- Usted pretende subastarnos como carnaza, y no estamos dispuestas a exhibirnos -aventuró, aun desconociendo la opinión del grupo-. ¿Quiénes irían, cuatro viejos verdes?

- ¿Cuántos van ahora? -cuestionó Tomás con cierta sorna, y en una retahíla-. ¿Alguien más ha apostado por vosotras? ¿Alguien más aporta ideas? ¿Has cerrado ya el presupuesto de gastos? ¿De qué manera vais a pagar la inscripción a la Federación?

Un silencio incómodo, miradas directas que buscan apagar la resistencia como tanteando la huella del discurso: quien agacha la cabeza, pierde.

- Debes entender que busco garantizar el retorno del patrocinio -y con voz ahora calmada, continuó-. Sospecharás que no somos una ONG, y tres mil euros, no se pierden todos los días.

- Y cómo propone recuperar el dinero -y ella cada vez más alterada-. ¿iDe las entradas!? Porque no lo entiendo; es absurdo.

- Tengo amigos.

- ¡Ja! ¿Y nosotras iríamos de chicas de compañía, enseñando cacha?

- Lucía, estoy de tu parte. Pero creo que tu actitud... deja mucho que desear. Te confundes.

...



De regreso en casa, y todavía de malhumor, deseó hablar con Fran, pero desconectó el móvil; necesitaba aislarse para decidir. Tomás le había concedido sólo treinta y seis horas para responder a la propuesta. Aunque le pesaba darle la razón, sabía perfectamente que todas las puertas a las cuales llamó en verano, se cerraron sin ni siquiera concederle la oportunidad de escucharla. Era cierto que en las condiciones actuales los patrocinadores brillaban por la ausencia, y menos, por esa cantidad de dinero. Probablemente –reflexionó–, dentro del equipo, Anselma y Goyi se opondrán, sea cual sea la opción, y podrían crear malestar en el resto, hasta tal punto de convencer a Lupe, María y Alex.

Quizás las demás estuviesen con ella... Quizás.

Al día siguiente estaba programado un entrenamiento muy físico, sin balón ni diversión. La fecha de inicio del calendario se acercaba y necesitarían la estabilidad de los fondos; seguro.

¿Qué resuelven queridos lectores?

¿Hace de tripas corazón, se traga los principios y acepta la vestimenta? ¿O rechaza la propuesta y declara en el vestuario que al patrocinador ya no le interesa el equipo? Difícil situación.



Capítulo 6A.

ARROJO.

Respiró hondo. Cerró los ojos. Los abrió instantes después. Entonces dio unos cuantos pasos cortos y algo inseguros hasta llegar al grupo y las saludó con un extraño "Buenas tardes". En ese mismo instante el valor se le transportó por todo el cuerpo como empujado por su sangre. Y les comentó la noticia, su decisión, sin dejar intervenir a nadie. Para ello levantó en más de una ocasión enérgicamente su mano derecha y llamó a la calma con miradas y algún otro gesto conciliador. Sin embargo, no fue suficiente para que Anselma no se mostrara ante todas como su archienemiga e interrumpiera en algún momento.

"¿Y ese tío asqueroso se piensa que vendrán más como él, más asquerosos, porque vayamos más apretadas?" – preguntó con sorna en su primera intervención-. Pero Lucía prefirió callar y seguir con su discurso para no alimentar el fuego con más leña. Su segundo zarpazo sí tuvo más intención y trató de desestabilizar a la entrenadora yendo a lo personal: "¡Qué mona te vas a ver con tu "cuerpín" todo esbelto luciendo en esas sedas!! Seguro que así consigues algo más que calentar la almohada. ¡Ay, no, perdona, si ya tienes al corderito para dejarte ojeras!" Entonces Lucía la miró con unos ojos que nunca nadie de las presentes había visto jamás. Parecía que se la fuera a merendar. Respiró, retirando la mirada y refugiándola en los cuerpos de otras jugadoras. Y sólo añadió antes de dar por concluida la reunión: "Si alguna tiene una idea mejor que aceptar el trato, la vestimenta mejor dicho, propuesta por Tomás, o conoce a alguien que nos pudiera patrocinar..."

A Almudena le pareció increíble, conociendo a Lucía como la conocía, que ésta se hubiera contenido hasta ese nivel. Pero así había sido. O no. Justo unos minutos antes de finalizar el entrenamiento se le presentó la oportunidad. La colocadora le puso un balón perfecto, Anselma, en la posición contraria a la zona de remate ya estaba colocando sus manos para recepcionar, pero el violentísimo remate cogió otra dirección. Y le golpeó, seco y directo en su cara. Se escuchó algún "¡Toma!" entre las presentes. Lucía, desde el otro lado de la red, le pidió unas disculpas muy audibles pero sin ninguna intención. Y Anselma estalló; la insultó con ferocidad y se fue corriendo. Ahora, el entrenamiento había acabado y allí, mientras estuvieron ambas en el vestuario, el silencio se mostró inalterable. Anselma salió de las instalaciones la primera, mascullando algo, sin tan siquiera esperar a Goyi.

En las últimas fechas, Fran se había desmelenado. La estaba esperando fuera en su coche para acercarla. Después de aquella primera noche tan apasionada se había relajado y disfrutaba de una manera más natural, estaba más hablador, contento, bromista y, sobre todo, más físico. Y sí, Lucía disfrutaba de todo ello, y muy especialmente de su cercanía, sus caricias, su manera de besarla, de morderle el labio inferior y de recorrerla. Le venía genial, ¡qué demonios!

Unas horas después, Fran llegó riéndose de la cocina. Y, mientras se ponía los zapatos para volver a dormir con su familia, le comentó con una carcajada a la tendida Lucía:

- ¡Qué bueno, me imagino a Anselma toda apretada en los mini-shorts, escotadísima, con ese corpachón de Frankenstein que tiene la moza!

- ¡Sí, estará de postal!! –y rieron ambos-.



Instantes después en la cabeza de Lucía:

- Fran, ¿y tú cómo sabes cómo es Anselma? ¿Cuándo la has visto?

- ¿Qué? –ganando tiempo, mientras se hace algo parecido al sordo o el despistado. ¿Cuándo qué?

- Nada, que ¿cuándo has visto a Anselma?

- Aaaaah... no sé, supongo que saliendo del pabellón o... -y tras una pausa-. Por cierto, ¿y al final qué decidisteis?

- Nada... quien esté dispuesta a continuar ya sabe cual es la condición que impone Tomás. No podemos estar siempre lamentándonos. O dentro, o fuera.

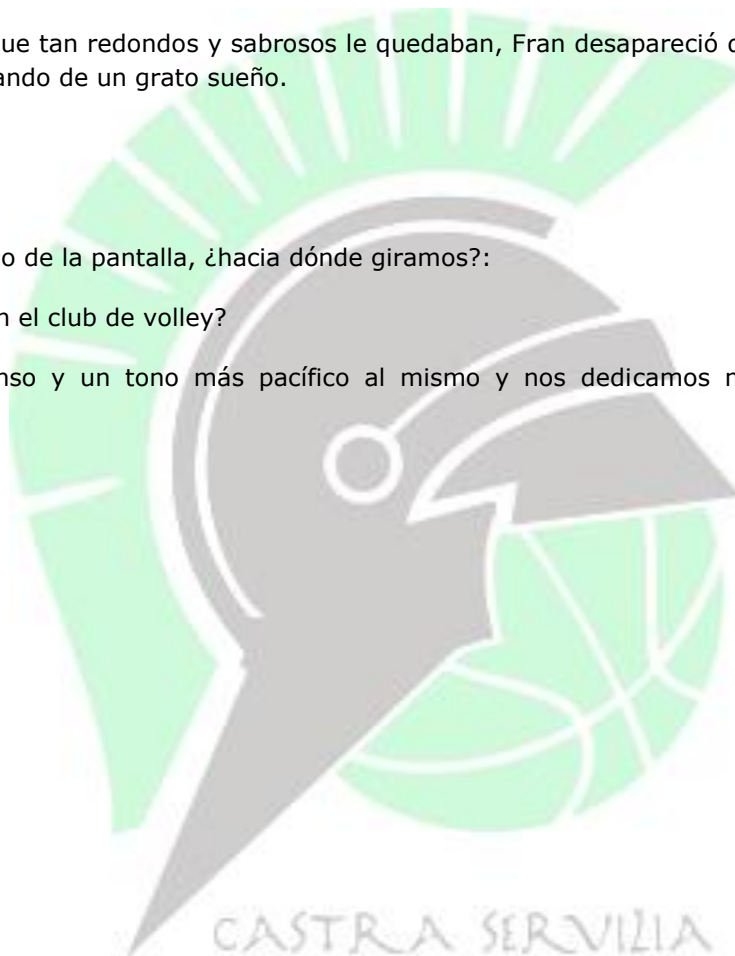
-¡Bufff!

Y con uno de esos besos que tan redondos y sabrosos le quedaban, Fran desapareció de su vista y Lucía se quedó entre sus sábanas, disfrutando de un grato sueño.

Y ahora, gente del otro lado de la pantalla, ¿hacia dónde giramos?:

- ¿Provocamos un cisma en el club de volley?

- ¿O le damos un descanso y un tono más pacífico al mismo y nos dedicamos más a lo personal, perdón, sentimental?



Capítulo 7A.

CISMA.

Como cabía esperar, no hubo sorpresas en forma de alguna alternativa a lo propuesto. El uniforme tan cuidadosamente escogido y que tanto gustaba a la mayoría, estaba a punto de pasar a mejor vida. Ahora tendrían que jugar los partidos con el nuevo: más vistoso, él y ellas; más llamativo y, sobre todo, más ligero. Así que esta vez el entrenamiento comenzó sin reuniones ni sobresaltos.

Unas carreras, unos saltos y unos remates y recepciones después, todo comenzó a saltar. Lucía formaba con Almu, Anselma, Victoria, Belinda y Marina. En frente, otras seis jugadoras. Y, en medio, la red. Fue Goyi quien remató y Lucía quien trató de amoldar su cuerpo y sus puños para amortiguar el balón y dejárselo a placer a Victoria, a su derecha. Pero Anselma apareció en escena. Se había lanzado desde una de las posiciones delanteras para no se sabía muy bien qué. Hasta que se supo. Lucía se llevó un golpe legendario a dos manos, con ambos puños cerrados, a la altura de las costillas. Nadie intentó siquiera levantarla. El dolor era intenso y los gritos dejaron a todas en silencio. Almu y Belinda se acercaron algo más que el resto, y ante sus esperadas preguntas (¿estás bien? ¿dónde te duele?), sólo encontraron el silencio de su entrenadora y su mano izquierda posada sobre su torso, bajo su pecho izquierdo.

Entonces, Almudena, se avalanzó sobre Anselma, se le subió a la espalda y comenzó a tirarle del pelo enloquecida. La coleta de la jugadora parecía que fuese a estirarse por momentos, pero ya estaban el resto de jugadoras tratando de separarlas. No fue fácil, e incluso hubo tiempo para una pequeña venganza cuando la gigante del equipo, desesperada por los tirones, se lanzó de espaldas sobre el suelo y Almu, su cuerpo sonó como un saco de grano. Por suerte, algunas jugadoras sujetaron la mano de Anselma antes de que comenzase a golpearle en la cara.

Al cabo de unos minutos y tras algunos insultos escupidos por los labios de la joven que había empezado todo, los ánimos parecían haberse calmado. Lucía estaba sentada en la fila cero de la grada. La mayor parte de las jugadoras la rodeaba, mientras ella afirmaba encontrarse bien. Cuando tuvo fuerzas para incorporarse se acercó hasta el vestuario. Anselma, su más que reconocida enemiga, estaba acabando de cambiarse. Almu y otras compañeras se quedaron en la puerta.

- Como bien supondrás, estás expulsada de la disciplina del club -le dijo Lucía aún sujetándose el lateral de su tronco-.

- ¿Ah, sí? ¿Lo has decidido solita o te lo ha pedido "nuestro Tomás"? -le contestó con todo el desprecio que supo-.

- No hay más que hablar -cerró Lucía la conversación sin inmutarse ante las palabras de la que había sido su compañera-.

- ¡Hurra! -se escuchó más allá de la puerta, mientras algunas cabezas bajo el dintel se giraban a comprobar quién había sido y estallaban en risas-.

- Bueno, siendo así, tendréis que indemnizarme... No voy a permitir que me echéis así, tal cual. Soy buena jugadora, y encontraré equipo pronto... Pero al club lo expreso, ¡vamos que si lo expreso!

Tras estas amenazas Anselma salió precipitándose sobre las jóvenes que escuchaban en la puerta, apartándolas con fuerza y soltando algunos insultos de los habituales en su boca, para acabar con tan redonda escena de rabia.

- ¿Ahora qué haremos? Le preguntó Marina a su entrenadora, con el asentimiento del resto.



- Nada, seguir trabajando, con más ahínco y tratar de suplir esta baja.
- ¿No la sustituiremos? ¡Era una pieza clave! -añadió otra preocupada.
- No están las finanzas para... No están para nada, en realidad. Y entonces Lucía comenzó a desnudarse con la idea de ir a la ducha y refugiarse en el agua caliente durante unos minutos.
- Pero, ¿tú estás bien? ¿Podrás jugar? -le interrumpió Almu-.
- Eso lo sabremos mañana. Tendré que ir al traumatólogo. Me duele mucho y las costillas son... son blanditas.

Esa noche dejaron la moto de Lucía en los aparcamientos del pabellón. Almudena la llevó hasta su piso y le ayudó a subir hasta él. Instantes después, Fran "sonaba" en su teléfono. Quería cenar con ella. Lucía declinó tan suculenta oferta y le contó lo ocurrido.

- Pues espero que te recuperes pronto. Tengo una idea -y comenzó a exponerla tanteando un poco el terreno. ¿Tu amiga Almu está sin pareja, verdad?
- Así, es, Fran, ya lo sabes -no se encontraba con ánimos-.
- Entonces... podríamos cenar juntos en cuanto estés mejor... ella, tú, yo y un amigo que lleva poco tiempo en la ciudad y... bueno, y eso. ¿Qué te parece?
- Me parece que ahora sólo quiero dormir. Perdona, pero... estoy en otra cosa. Mañana después de visitar al médico te digo algo.
- Vale, y perdona -dijo en tono conciliador, disculpándose-. Es que se me había ocurrido la idea y...
- Tranqui, Fran. Gracias. Y un besote.
- Un beso enorme, preciosa. Mañana me cuentas.
- Sí, mañana. Muak.
- Muak.

Y ahora...

¿Preparamos esta cena a cuatro? ¿Seguimos los derroteros de las amenazas de Anselma?

Ustedes deciden.



Capítulo 8A.

VELADA.

Con británica puntualidad Almu pasó a recogerla, desoyendo las esperadas quejas de la entrenadora; firme en el propósito de llevarla al médico para conocer el diagnóstico, guiaron el coche hasta el Centro de Salud. Durante el trayecto charlaron de manera animada, sin referirse al escabroso asunto.

- ¿Cómo llevas las unidades? –su amiga preparaba el material para unas inciertas oposiciones de magisterio-.
- Mal. Ni soy capaz de concretar la memoria con todas las prácticas que ya tengo hechas, ni me apetece empezar de nuevo.
- No te agobies, seguro que vas mejor de lo que tú esperas.
- Bah. Lo peor es la incertidumbre de no saber la fecha. Dedicar exclusivamente tu futuro a una prueba, evaluada por un tribunal que no te conoce y que calibra tu vocación en diez minutos... Serán compañeros, pero en ese momento, son el enemigo.
- Muerte y destrucción –respondió Lucía deprisa en una retahíla común-.
- Sí. Muerte y destrucción –replicó cómplice, mucho más relajada, con una sonrisa preciosa-.

Tras una pausa breve, continuaron conversando.

- Fran me llamó anoche y me preguntó si tenías pareja.
- ¿Con qué intenciones? –se burló- ¡Ya no estoy para más tríos!
- Una cena con un amigo suyo –ignoró el comentario-.
- Un callo –afirmó adivinando-.
- Un donjuán –rió-. No lo sé, Almu, no lo conozco. Pero qué te cuesta; así sales de la reclusión. ¿Quién sabe?
- Muy americano; una cita a ciegas. Planazo –proclamó teatral-.
- ¿Prefieres la tele?
- Vaaale –accedió con un punto de pícaro suspicacia-.

El traumatólogo sólo confirmó la fuerte contusión después de las pruebas de radiología, descartando siquiera una pequeña fisura. Para remitir el dolor realizaron un vendaje compresivo, le inyectaron un antiinflamatorio, y con recomendación de reposo, las mandaron a casa. Desde allí, y ya sola, contactó con el chico de la mirada de agua para tratar una hora y un sitio; sin embargo él, ya había tomado la iniciativa e incluso había reservado una mesa. No dejó mucho margen para el acuerdo, y eso, la confundió; de la misma manera que la descolocó que no preguntara por sus dolencias.



...

Tres minutos pasados de las diez, Lucía y Almu hicieron acto de presencia; ellos esperaban sentados. Las presentaciones formales acabaron rápidamente y el local, completo como cabría esperar, no ayudaba a establecer un grado de intimidad apropiado. Para sorpresa de ambas, Krasimir era un armario empotrado búlgaro de dos metros de altura y más de trescientos litros de fuerza embutida en un cuerpo casi cilíndrico. Tan impactante como excitante, pensaron a la vez y corroboraron con una mirada traviesa entre ellas. Almu no dejaba de sonreír; el chico, atento a las dos, apenas tenía dificultad para seguir la cháchara, muy acostumbrado como estaba a ser el centro de atención. Fran en cambio, estuvo taciturno y poco participativo, despistado por momentos.

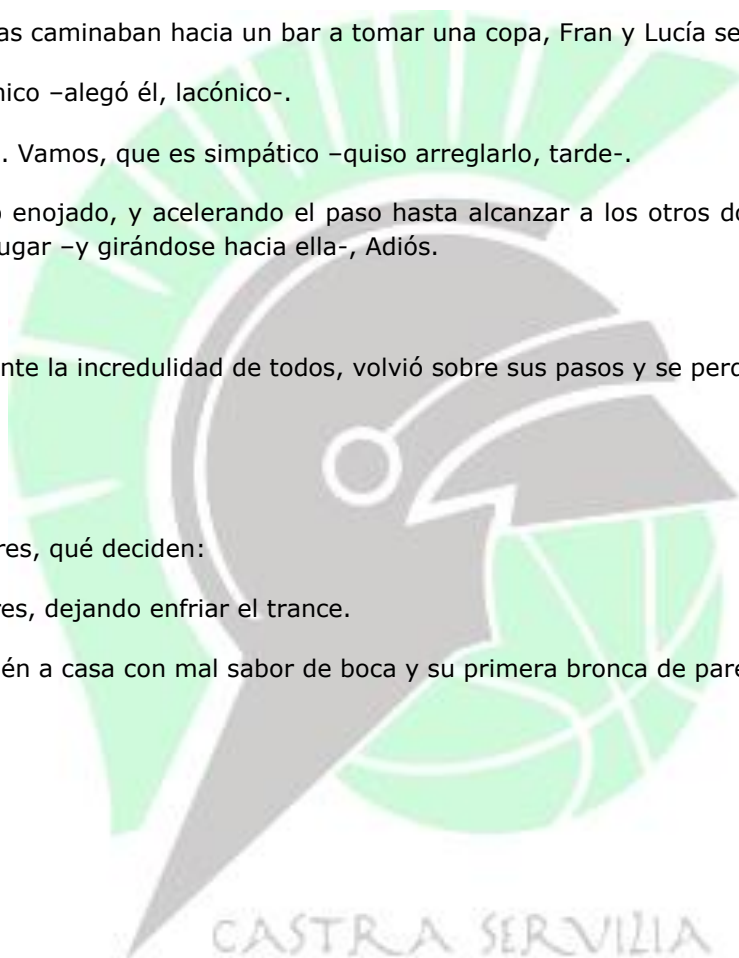
Terminada la cena, mientras caminaban hacia un bar a tomar una copa, Fran y Lucía se separaron un instante:

- Os ha cautivado el balcánico –alegó él, lacónico-.
- Tremendo –se le escapó-. Vamos, que es simpático –quiso arreglarlo, tarde-.
- Ya –espetó con un gesto enojado, y acelerando el paso hasta alcanzar a los otros dos-. Pareja, yo me marchó, que mañana debería madrugar –y girándose hacia ella-, Adiós.

Sin cruzar más palabras, ante la incredulidad de todos, volvió sobre sus pasos y se perdió en la noche.

Y hasta aquí, amigos lectores, qué deciden:

- Continúan de fiesta los tres, dejando enfriar el trance.
- O Lucía decide irse también a casa con mal sabor de boca y su primera bronca de pareja.



Capítulo 9A.

JÚBILO E IMPOSTOR.

Los tres cruzaron sus miradas incrédulas hasta que Almu, fruto del vino ingerido, comenzó a desternillarse a carcajadas. Igual que un virus, la risa se propagó, primero nerviosa, después liberada por las caras de ambos, y sin pensar demasiado en la situación, continuaron caminando hasta un pub de moda, abarrotado ya en la puerta.

Recordaba con dificultad cómo había llegado a casa; sin embargo, sí podía recapitular cada conversación con Krasimir, -aparte de las consabidas cuestiones sobre su tierra, pretextos para preguntas íntimas, le insinuó varias confidencias de su estancia en la ciudad-, y su cercanía física.

...

Leyó en su pantalla, "¡Vaya noche! No te preocupes por él, guapa, tendría un mal día el muchacho. Besos". Fran se sentía realmente reconfortado; tener la sartén por el mango, las cartas marcadas o la llave de todo serían expresiones adecuadas para la urdimbre que había tejido el joven alrededor de Lucía y su relación. Él lo sabía y se enorgullecía de ello:

Creo que llegué en el momento justo, sí -repensaba desayunando unas tostadas y su habitual café solo-, en el momento exacto -se relamía-. Y las dificultades no han hecho más que unirla más a mí. El control es total. Y lo mejor... ¡que no se ha notado nada! Ni las escuchas, ni la redirección de los mensajes; ni mucho menos el espionaje o las incursiones por su casa. -Y entonces se rió- ¡Joder, casi me pilla con lo de Anselma! ¡Menuda cagada! Menos mal que después de un dulce cualquiera está más tranquila y todo se diluye como una pizza de sal en el mar. Debo seguir concentrado, sí. En Lucía, que es ideal. Bueno, casi. Eso de que le guste tanto que la miren y el coqueteo, me pone. Pero sí, debo seguir concentrado y sin que se me noten los cabreos. No quiero joderla. Ella vale mucho. Mucho más que las anteriores y las actuales -y entonces se manchó la camisa del pijama, al recordar todas las ocasiones ganadas, aun estando ya presente la entrenadora-. La verdad es que esto de no perder comba está bien. ¡Muy bien diría yo! -se burló, y tuvo que posar su taza en la mesa-. ¡Menuda tengo liada! Pero debo andarme con ojo. Con mucho ojo. Puede saltar todo en un instante si no me mantengo cuidadoso. Y una chica como Lucía merece le pena; sí, mucho. No la puedo dejar escapar. Habrá que seguir controlándola. Dándole apoyo. Y alejarla de quien no interese. Sí, andar con ojo, sí.

Las otras, las otras dan igual. Sé que son sólo una necesidad de mi ego. El regodeo necesario de mi virilidad, de saciar apetitos e instintos. Pero no están al nivel. Sexo y nada más; con algunas del bueno. Aunque debo controlar tiempos y espacios, a ver si alguien va a sospechar o me voy a tropezar con alguna amiga de Lucía y se va todo al carajo. Perderla no, eso ni... Justo entonces, interrumpiendo sus pensamientos elucubradores, vibró y sonó su móvil. Era la alarma de Lucía -¡qué madrugadora es!, pensó orgulloso-. Había conseguido no sólo tener recibo de todos los mensajes de la jugadora en su propio móvil, sino también de su alarma, registro de llamadas y eventos programados. Era un control absoluto. No quería que nada se le escapase. No quería más errores como los cometidos en el pasado. No quería un nuevo caso Rosana, que se le escapó entre los dedos cuando él más entregado y convencido estaba. No quería otras presencias, otras influencias, otras vidas cruzándose entre él y su proyecto de amor. No le gustaba su amiga Almudena. No quería nada; sólo controlar todo.



Ahora sonaba la primera llamada matinal en el teléfono de Lucía. E instantáneamente Fran supo que se trataba de Tomás. No era una de sus preocupaciones, al contrario, cuanto peor se ponga todo, mejor para sus intereses.

...

Lucía, en posición de loto sobre su sofá heredado respondía algo hastiada a Tomás:

- Sí, fue ella. Con total intención y bastante acierto, además.
- Bueno, pero ¿puedes seguir jugando o no?
- Sí, sólo tendré que andarme con algún cuidado más de lo habitual. Además, nuestro deporte tiene red, ¿recuerda?
- Perfectamente, pero no quisiera que el equipo flaquease ahora que en lo económico estáis bien.
- Sí, la pasta ha llegado -suspiró-, pero una baja sí que va a haber.
- ¿Perdón? -sorprendido. ¿Una baja?
- La he expulsado.
- ¡¿iQue has hecho qué?!? ¡Joder, es tu mejor jugadora! ¡Tienes que controlar tu carácter, coño! Trágate el orgullo y readmítela.
- Ni hablar. O Anselma, o yo -se la jugó-. El banquillo estará mejor sin ella; restaba mucho más que sumaba.
- Lo dudo. Os quedáis en cuadro.
- El caso es que me amenazó con exprimir al equipo, las arcas y eso... ¿Qué hago? -interrogó con una voz confusa, cansada-

Durante los eternos segundos que la línea permaneció callada, Lucía vaciló; desconfiaba tanto de la conversación como de Tomás, y sin embargo, temía que no aportara alguna solución al problema. Que precisaba de su ayuda para reconducir la situación era evidente; que no sospechaba de parte de quién estaría, también. Él arriesgaba su dinero; ella, su responsabilidad.

- Bueno... Voy a redactar un expediente disciplinario con acuse de expulsión por falta muy grave -continuó al romper el silencio-. El Instructor será un amigo abogado que me debe varios favores. Tú debes entregarme una copia del informe del médico junto a las pruebas que te hicieron, y de manera imprescindible, consigue que la mitad más una de las jugadoras firmen el parte de entrenamiento con la advertencia del incidente, explicado tan pormenorizadamente como puedas. -Otro silencio-. Lucía, vamos a intentar tomar la iniciativa.

- Gracias -exhaló-. No sabes cuánto me gusta escuchar eso.

- Aún no. Habrá tiempo. Hablamos.

Lucía se dejó caer hacia atrás en el sofá y resopló. "¡Bieeeeeen!"



Sonó su móvil. Mensaje. "¿Qué tal todo? Disfruté mucho de vuestra compañía; gracias por tratarme de esa manera y enseñarme la noche. Qué tengas buen día. Kراسi."

Esto sí que no hizo gracia unos kilómetros más allá. Fran cambió el gesto. "¿A qué coño viene esto?", balbuceó. "Tanta simpatía e intimidad...". Se dirigió a su habitación y se vistió con la rapidez que da el enfado. "Espero no tener que charlar con el jodido búlgaro"- se repetía en su cabeza atándose los cordones-.

¿Y nosotros?

¿Permanecemos impasibles ante el giro inesperado en la historia de Fran y Lucía? ¿O echamos una mano a la entrenadora refugiándonos en el juego de las casualidades?



Capítulo 10A.

CELOS.

Condujo mucho más rápido de lo recomendable, hasta el punto de casi atropellar a un peatón absorto, quien probablemente no olvide esa mañana. Aparcó y permaneció sentado en el coche bastante tiempo. Necesitaba serenar su respiración y enfriar las ideas; de nada serviría tirar por tierra todo el trabajo emprendido las últimas semanas. Paciencia y calma –se dijo-. De ningún modo perderé el control sobre ella. Sólo debo guiarla por el buen camino; el mío. Krasimir no supone un problema añadido. Ambos sabían que Fran manejaba un as en la manga; tengo que dejarle claro quién manda.

- Dobro utro –pronunció al entrar al apartamento con su llave-

- Buenos días, señor.

Esperó unos segundos fijando directamente la mirada en el búlgaro, y siguió.

- No tienes nada que contarme, Kراسи.

- No. Nada.

- ¿Qué tal anoche? –intentó sonar apaciguador-

- Bien, muy bien. –dudó- Bueno, normal.

- ¿A qué hora llegasteis?

- Temprano, después casi de cena –los nervios que empezaban a florecer hacían que equivocara su gramática-

- Ya. Sabes que desprecio las mentiras y a los mentirosos.

- Sí –evitó su mirada-

- Ya –otro interminable silencio-. Aún me gusta menos que me defrauden. Vístete –le ordenó- Te espero abajo; tienes trabajo.

Cada mañana se cuestionaba cómo había podido terminar así. En un país extranjero, a miles de kilómetros de su Asenovgrad natal, endeudado en manos de la mafia, coaccionado y adicto a los esteroides. Si bien, ayer había sido distinto; el idioma cada vez era un problema menor y entendía cada palabra que oía, las dos chicas fueron amables con él, escucharon sus historias sobre su tierra y pudo olvidar el laberinto en el que se hallaba. Varias veces tuvo la tentación de explicar cómo era Fran, advertir a Lucía de su verdadera identidad... pero no pudo. Lamentaba ser tan cobarde.

Debía darse prisa; a Fran no se le hacía perder el tiempo. Bien lo sabía.

...



Estaba exhausta por la falta de costumbre y por sueño. Pero la noche mereció la pena. Intentó imitar la naturalidad de su amiga, que tan atrayente era para los hombres, sin los resultados que pretendía, cierto, aunque volvía a sentirse viva. Desde que vio a aquel ANIMAL, con mayúsculas, sus instintos empezaron a despertar sensaciones de la adolescencia. Anheló poseer la confianza de Lucía, su desenfadada manera de coquetear y dominar el juego de las insinuaciones, o simplemente, tener la osadía suficiente para llevar la iniciativa. Ella también quería ser independiente; había dejado marchar al chaval sin inmutarse, continuó de fiesta hasta el amanecer, y Krasi no le perdía el ojo. Repertorio completo -enunció Almudena en voz alta- ¡Joder con Lucía! -sin salir de su asombro- Sé que no se lo propone, que por su carácter atrevido irradia ese encanto innato; pero siempre es el centro de atención.

...

Anselma sólo notaba la vaga presencia de Goyi tendida junto a ella en la cama por las sordas caricias que estremecían su piel, sin embargo, su mente se encontraba a bastante distancia de allí; en Lucía. La odiaba como jamás antes había podido enamorarse; la deseaba como en absoluto era recompensada. Se deleitaba mirándola de hito en la ducha, oculta por su descaro, incendiada por las hormonas; extinguida por el agua. Necesitaba del disfraz de insolente para fingir la desidia, para esconder la atracción evidente, y la rabia violenta que manifestó delante de todas, sin sentido, ahondó la herida. Expulsada; del equipo, del grupo, de ella. Invasión por una inmensa sensación de vacío no pudo evitar murmurar: "Zorra". El ritmo del contacto de Goyi se ralentizó, pero ni siquiera le importó. Goyi era un caramelo muy dulce, tan bonita como empalagosa; solícita, pero sin personalidad. Una distracción.

...

Envidiaba de Lucía la seguridad en sí misma y el respeto que el resto le profesaba. ¿¿Cómo se había atrevido a echar a su Selma, sin duda, la mejor de todas!?! Tenía bien merecido el golpe, ¡por fulana! Detestaba la sonrisa que empleaba para engañarlas; pero no a ella. Bien sabía que todo eran apariencias: de moderna, de liberal, de soltera independiente, de femme fatale que actúa únicamente por su autonomía... No, a ella no la engañaría. Se encargaría de mostrarles a todas a la verdadera "Luci, la entrenadora"; "La falsa"... De nuevo intentó concentrarse en el enorme cuerpo que yacía a su lado, en rozar cada centímetro cuadrado de su envoltura, en disfrutar de su presencia aun cuando intuía el desasosiego que le producía abandonar, incluso momentáneamente, el volley. No te preocupes -le contaba en sus pensamientos-, voy a hacer de cada entrenamiento un infierno, de cada partido una derrota; te pagarán con creces el agravio. Esta vez, te protegeré yo -y en un descuido se le escapó- "Te quiero".

En ese mismo instante, alguien pulsaba el timbre y el sonido le regaló una huida. Anselma se levantó como un resorte para abrir la puerta. Sólo llevaba puesta una vieja camiseta descolorida y las bragas. El joven cartero, atónito, recorrió con su mirada la estampa que se le brindaba y con dificultad entregó el burofax. Ella, no precisó leer el remite para saber de quién venía, ni abrir el sobre para conocer su contenido. -Exhaló un quejido ahogado-.

...



Esa misma noche, en otro lugar de la ciudad, cenan Lucía y Fran. Él se ha sacado una cita especial de la manga; el restaurante es de postín y sólo conseguir mesa ya es un triunfo para el joven. Por esta razón y por el entusiasmo mostrado por Fran, Lucía no se ha atrevido a decirle que tenía una cita con Tomás, y la ha pospuesto para el día siguiente.

Ahora suena el teléfono. Es Almudena. Fran mira a Lucía con cara de hastío, como reprochándole recibir una llamada. Lucía se da cuenta y la silencia hasta dejarla morir. La camarera ya ha llegado con los platos. Fran había escogido con antelación lo que pensó más apropiado. Lucía, con apetito voraz, se muerde el labio inferior y exclama: iiiUmmm, qué pinta tiene esto!!! Y le planta un señor beso haciendo casi caerse todo al suelo, al no recordar que la mesa quedaba entre los dos.

Es un gran urdidor este Fran. La joven encantadora ha sido encantada por el joven-araña. Él sonrío. Todo le sabe a victoria.

Apreciados lectores, deben decidir cómo continúa el relato:

Krasimir intima con Lucía y le expone su situación. O Fran sigue tejiendo su especial red de volley.



Capítulo 11B.

¿ALBEDRÍO?

- Es lo mejor para los dos. Créeme.
- Quizás sí –aún dudó Lucía al pronunciar débilmente ambos adverbios-.
- Así me demuestras que nuestra relación también es importante para ti –aseveraba cada palabra con gestos-.

Accedió a tomar la píldora anticonceptiva como le propuso Fran sin esperar a la cita con el ginecólogo; demorarlo más de tres meses era demasiado cuando te miran desde esos ojos tan azules. Sabía del paso de gigante que había dado y se encontraba confusa. Por un lado la relación fluía, se sentía protegida y parecía que él conociese de antemano su presente; por otro lado, la velocidad que tomaba la asustaba pues no conseguía tener el control de las decisiones. “Déjate de niñerías”, se animó intentando convencerse, con escaso éxito.

...

Esa noche, para celebrar que consiguió persuadirla y abandonar el molesto látex, había quedado con una amiga especial. Aprovechando que debido al entrenamiento que Lucía tenía programado terminaría muy tarde y con toda probabilidad, muy cansada, dispondría del tiempo suficiente: película en la Filmoteca, cena en un establecimiento apartado de la ciudad y visita en coche al mirador; “el plan habitual”, se sonrió. Si bien, antes debía zanjar el tema búlgaro. Tal vez la confianza que había depositado en Krasi estaba deteriorada y no supo verlo en su momento; ahora y a su pesar, conocía demasiado del negocio y de su intimidad. Se había convertido en un peligro potencial, en cierta medida, incontrolable por los cauces frecuentes. “Y a grandes males...”

...

Recién terminaba la tercera hora diaria de pesas, aunque el ejercicio había resultado altamente insatisfactorio. No podía borrar de su cabeza a la entrenadora ni la situación a la cual se vería abocada si él no daba un paso adelante. Pero ahora únicamente quería su medicina, con urgencia. Fran se retrasaba y no sólo él necesitaba su dosis. El ambiente de expectación en el local por el retraso del proveedor se enrarecía por momentos y el resto le interrogaban con la mirada acuciando una solución. No se atrevería a llamarle por el móvil, como le llegaron a proponer, o podría incluso demorarse más por este mero hecho. Cobró en anticipo las provisiones y se marchó.

Permaneció en el punto de encuentro y regresó al gimnasio más de una hora tarde respecto a lo convenido. Con un efecto sonoro, todas las cabezas se giraron hacia el balcánico al aparecer por la puerta y desfilaron ansiosos hacia los vestuarios. Como siempre, se suministraba en inyectables, ampollas o grageas, según las necesidades y presupuestos. Sin embargo para él, esta vez Fran le había preparado un vial entero con esteroides nuevos, “en agradecimiento a tu trabajo –le mencionó- Pero primero debes atender a la clientela”. La única condición, inexcusable para todos, era que para consumir debían alejarse no menos de quinientos metros del recinto.

...



Anselma, intentando disfrutar de su nuevo tiempo libre, se ha aficionado a ir al cine. Es la única manera de no estar pensando en el equipo mientras las demás entrenan. Mira la cartelera distraída hasta que una pareja llama su atención: agarrado de la mano de una atractiva morena cree reconocer al joven, ambos hablan con vehemencia y sin esconder la excitación del momento. Se acerca con disimulo para asegurarse. Sí, no hay duda -piensa, y se frota las manos viendo la oportunidad que se le presenta-, es el novio de Lucía, fiel a sus hábitos. Ya sé qué haré - y en su cara apareció una sonrisa amplia, torcida y malévola-

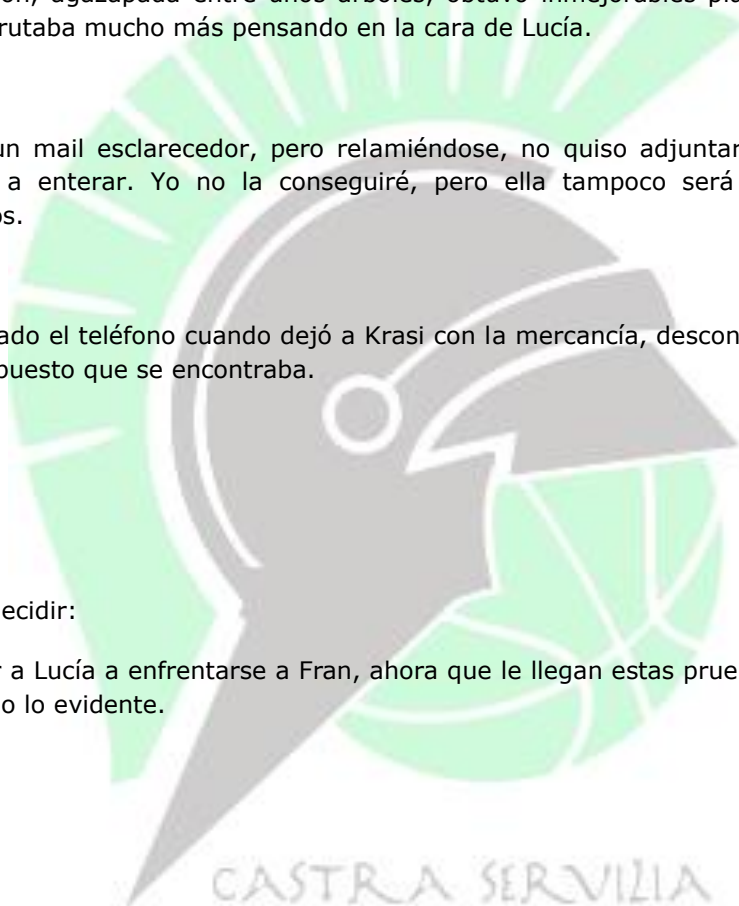
Con la idea de tomar mejores instantáneas que las hechas desde el móvil dentro de la sala, volvió al apartamento a por su réflex. Recordaba con claridad el sitio exacto en el mirador donde Fran subía a sus ligues, pues ella también lo sufrió hace años, y podía apostar a que él no había cambiado sus costumbres; o al menos, así se la jugó. Les estuvo esperando casi dos horas hasta que aparecieron. Pero allí llegaban, seducida ella, impaciente él. Dentro del coche, con los cristales bajados por el calor, comenzaron a desnudarse mutuamente entre la evidente agitación. Desde su posición, agazapada entre unos árboles, obtuvo inmejorables planos de los dos; como una voyeur al uso, aunque disfrutaba mucho más pensando en la cara de Lucía.

Al llegar a casa le puso un mail esclarecedor, pero relamiéndose, no quiso adjuntar las fotos que acababa de tomar. "La niñata se va a enterar. Yo no la conseguiré, pero ella tampoco será feliz". Y estuvo riéndose, enloquecida, varios minutos.

Fran, que había desconectado el teléfono cuando dejó a Krasimír con la mercancía, desconocía por completo el rumbo que tomaba su red y lo expuesto que se encontraba.

Queridos lectores, deben decidir:

Salvar a Krasimír y ayudar a Lucía a enfrentarse a Fran, ahora que le llegan estas pruebas. O ceder a las mentiras y excusas de Fran, negando lo evidente.



Capítulo 12A.

VERDADES

El día había empezado muy mal. Y parecía que iba a seguir así. Tal vez no sólo por un día.

Al abrir su correo electrónico Lucía no esperaba encontrar un email de Anselma. Por eso se dedicó primero a leer el enviado por Tomás justo la noche anterior. En él le comentaba a la entrenadora que, precisamente, el "caso Anselma" o "golpe en las costillas" estaba totalmente controlado. Nada había que temer. Con la firma de la mayor parte de la plantilla, su apoyo y el de los abogados que él frecuentaba, Lucía y el club podían respirar tranquilos. Es cierto que la joven soltó un suspiro. Y también lo es que miró algunos correos más antes de detenerse en el de Anselma. Dudó si borrarlo directamente, pero fue más fuerte la tentación. Quiso saber qué se escondía tras el título "sorpresa".

Había sido un error. Abrirlo, leerlo, contestar. Todo fue uno. Y se estaba arrepintiéndolo de cada paso, especialmente, del último. Mucho. Si Anselma pretendía desestabilizarla, crearle dudas, abrir otro frente, se había equivocado y darle bola no era buena idea. Demasiado tarde -pensó Lucía-.

Minutos después la exjugadora se relajaba leyendo una y otra vez la contestación a su misiva. Ahora sí -se leía en su frente-, ¿qué no te crees nada?, ¿qué ya no sé qué inventar? Ahora vas ver. Sobre todo VER. La mejor bloqueadora del equipo se dispuso a enviar unas cuantas imágenes. Y lo hacía con exquisita venganza: primero algunas no tan evidentes; después otras en que sí se podía identificar a Fran, aunque no tanto lo que sucedía; después, a las claras, el acalorado joven y la morenaza desnuda. ¡Son una pasada estas cámaras de ahora! Y se estuvo riendo unos instantes. La sonrisa, sin embargo, le duró aún más: todo el día.

...

Goyi ya estaba haciendo "su trabajo" en los entrenamientos. Y Lucía hoy estaba especialmente distraída. En realidad, podríamos decir que no estaba. Le rondaba la cabeza la infidelidad apuntada por Anselma. Le asaltaban, también, algunas de las palabras de Krasí. Incluso su cara. No era un gesto de mentir; no se lo parecía. Y tampoco tenía muchas razones para hacerlo. Volvían las palabras de la amante de Goyi a sus pensamientos y, mientras tanto, ésta se dedicaba a cizañar a sus anchas. Tuvo que ser Almu quien le llamase la atención.

- ¡Ey, Lucía, para esto ya!!

- ¡Qué?

- ¡Que mandes a la ducha a Goyi!

- Perdona, no estoy.

Entonces tuvo que sacar a Goyi de la cancha, llevarla a la grada y amenazarla. Tras el "Tú serás la siguientes si sigues faltándole a las compañeras y tratando de enfrentarlas, o que se me echen encima", decidió expulsarla por hoy. Y, acto seguido, dar por finalizado el entrenamiento, con más de media hora de adelanto. Y no sólo por razones deportivas ni disciplinarias. Necesitaba llegar a casa, encender el ordenador, mirar su correo y comprobar si había fotos o no.

...



Krasi había hecho un esfuerzo para el que realmente no estaba preparado. Consiguió pasar de la mierda de Fran y tirar de unos pocos porros. Podía ser el segundo día sin sus pastillitas. Había que intentarlo, no quería seguir dependiendo de ese psicópata. Y, cuando leyó en su "feizbuk" un mensaje de Lucía, se le alegró la cara, pero sólo le duró un instante. Lo que tardó en leer el porqué de la comunicación. Lo que el proceder de Fran no logró lo habían conseguido unas fotos, algo innegable. Por eso ahora Lucía había buscado al búlgaro en internet y le había escrito. Quería verle y charlar con él cuanto antes. En realidad, era la única persona cercana a Fran que conocía. Algo que nunca le había importado, pero que sí le había extrañado. Tanto hermetismo era extraño, aunque siendo Fran tan tímido -pensaba, pero rápido asomó otra idea-. ¡De tímido nada, menudo granuja "el suave"!

El ligero mareo ya no le importaba tanto y, además, echar una mano a alguien como la joven entrenadora era una bella razón para seguir dejando su adicción a un lado. Contestó después de ir al gimnasio a cerrar algunos tratos. No era conveniente que a ciertos oídos llegasen quejas. Además era totalmente necesario dejar todo muy cerrado para sacar ese ratito que necesitaba para charlar con Lucía.

...

Estaba descompuesta. Él lo notó rápido. Ella había dado esquinazo a Fran durante las últimas 36 horas, y eso no resultaba nada fácil. Casi se le presenta en casa, menos mal que aquel día no se acordó de darle una copia de las llaves.

- Lo siento, atiné a decir Krasi.
- Más lo siento yo.
- Sí, claro. ¿Y de verdad quieres que te cuente lo que yo sé? ¿Todo?
- Sí, de verdad, y todo -respondió veloz Lucía mientras una lágrima nacía en su ojo izquierdo-.

Entonces comenzó un grotesco relato de cómo el búlgaro conoció a Fran. De cómo al principio le ofreció ayuda a cambio de "pequeños favores". De cómo le fue liando más y más, hasta tenerle totalmente atrapado en una red de la que ya no podía escapar: lo había convertido en su esbirro, su camello, un "enganchao" y le había hecho perder mucho de su orgullo. Fran tenía pruebas para colocarlo tras las rejas sin ni siquiera mancharse las manos.

- ¿Y "lo mío"? -le interrogó Lucía-.
- Lo tuyo es una historia repetida cien veces, pero rebasando límites que...

Le regaló todos los datos: cómo le había pinchado Fran el teléfono; cómo sabía mostrar una cara de languidez e inocencia; cómo llevaba siguiéndola desde un día que fueron a ver un partido de pretemporada; cómo iba planeando cada paso y sacando tajada de los problemas que le habían ido surgiendo a ella, cómo estando con ella no tenía problema en "verse con otras"...

Lloró mucho. Más seguiría llorando en casa. Pero lo primero era ir dando algunos pasos para salir de la telaraña. Apagó su móvil y pensaba hacerse de una línea nueva. Se creó una nueva cuenta de correo electrónico. Lanzó con rabia las píldoras anticonceptivas a la basura. Mañana cambiaría el bombín de la puerta. Y pronto, cuando se viera con suficientes fuerzas, se enfrentaría al tejedor, o no.



Qué deciden, a las puertas del último capítulo, queridos lectores:

¿Intentan huir de la red? O, ¿se atreven a preparar una emboscada para Fran?



Capítulo 13B.

EMBOSCADA.

Krasimir, en su intento por ganar tranquilidad y tomar distancia, alquiló una habitación en una de esas pensiones del barrio árabe donde hacen pocas preguntas si pagas por adelantado. Había llevado escasamente un par de camisetas y pantalones, pues no se podía permitir que Fran descubriera la falta de demasiadas cosas en el apartamento, y un despertador de propaganda que le entregaron con un dominical cualquiera. Cumplía sus primeras setenta y dos horas sin consumir. Y estaban siendo terribles. Pasaba de la ansiedad a la somnolencia extrema en décimas de segundo; en los peores momentos, se estremecía por el frío de su propio sudor y los temblores continuados. Los delirios y la fragilidad de su voluntad le hicieron buscar en la mochila el vial que le preparó Fran en su última entrega. Desesperado, introdujo la aguja en el tarro y mediante el émbolo bombeó el líquido cristalino hasta cargar con trece mililitros la jeringuilla. Tiritaba por el nerviosismo. Sin embargo, en un hálito de cordura consiguió apartar la inyección de sí, y dormir.

...

Lucía había quedado con Krasimir en una oscura cafetería a la cual nunca antes había acudido ninguno, al otro lado de la ciudad. Pero de esto hacía casi veinte minutos y aún no había dado señales de vida. Comenzó a asustarse cuando desde su nuevo móvil intentó contactarle sin fortuna. E incluso tuvo que esperar otros veinte más hasta que apareció por la puerta. Al ver su cara, no se atrevió a preguntarle, pues era bastante evidente el esfuerzo que estaba abordando para ayudarla. Pidió directamente en la barra un botellín de agua y se acercó a ella:

- Disculpa –balbució-.

- Gracias –intentó sonreír para infundirle la confianza que necesitaba, aunque en estas circunstancias no estaba muy segura de sí-.

Transcurrieron algunos minutos en silencio, sentados enfrente, mirándose sin mediar palabra, acobardados porque ambos sabían que si por casualidad Fran les hallaba en esta situación, tendrían más problemas, si cabe.

- ¿Qué hacemos? –consiguió arrancarse la entrenadora.

- No sé. ¿Huir?

- ¿Toda la vida? No –y fue ganando en confianza-. No quiero tener que mirar hacia atrás constantemente. Ni temer una llamada en la noche. Quiero que pague por lo que me ha hecho, y por lo que ha hecho a tantas otras antes. Quiero que desaparezca, que huya él de nosotros.

Otro silencio. La conversación se entrecortaba cada instante, como los pensamientos inconexos.

- Vale –accedió-. Pero, ¿cómo? –dudó el gigante búlgaro-.

- Lo denunciaremos a la policía.



- Imposible. No tenemos pruebas. Así sólo saldré yo perjudicado.

- ¿A qué nivel está metido en la distribución de la mercancía?

- Ya te dije. A él no lo conoce nadie. Me pasa los pedidos que antes me encargan en el gimnasio. Quedamos en la cabina detrás de su casa y yo los reparto.

- Entonces, primero tenemos que sacarlo del anonimato.

Y Lucía empezó a maquinarse una estrategia para desenmascararle mientras notaba a Krasi mucho más despierto e interesado. Habían recuperado parte de la energía que los caracterizaba.

- ¿Tienes los números de todos los clientes? –cuestionó con un brillo en su mirada-

- Claro.

- Bien. Pues vamos a ponerles un sms a cada uno diciendo que ya sólo pueden dirigirse a Fran, a su casa, a su número de móvil para comprar y retirar las demandas. Le adjuntaremos una foto suya de primer plano para que sepan quién es.

Tardaron cerca de una hora en mandar los mensajes desde el teléfono limpio de la jugadora. Primera fase cumplida.

- Ahora, tenemos que provocarle –animaba Lucía mientras abandonaban el bar-.

- ¿Cóm..? –no terminó de interrogar Krasi cuando al girar, la percibió abalanzarse contra él. Abrió su boca para recibir un beso húmedo y apasionado, cerró sus ojos y escuchó el característico clic de las cámaras al tomar una foto-.

- Al feizbuk –pronunció Lucía con una sonrisa espléndida-.

Segunda fase decidida; pero necesitaban algo más. Algo definitivo que originara en el tejedor un miedo, al menos equivalente, al que ellos habían sentido. Algo por lo cual le mereciera la pena huir y desaparecer. Un chantaje, aunque se jugaran un farol.

Lucía le pidió de nuevo que le narrara los 'casos Carla o Virginia'. Conocía con vaguedad por la prensa la angustia que levantó el suceso hacía varios años. Cómo se habían esfumado de la ciudad sin dejar rastro ni aportar noticias a sus familias. Los padres, derrotados, aseguraban que sus hijas jamás se hubiesen marchado sin decir nada; menos, que pasados los días no llamaran para explicarse. Entre ambas, hubo doce meses de separación, y por supuesto, Fran en medio de cada relación. Pero eso sólo lo conocían ellos, pues no se logró identificarle como el novio desconocido. Tenían la baza final.

Se encaminaron a Correos para remitirle una carta mecanografiada con la acusación. Decían saber toda la verdad, y le exigían que se marchara inmediatamente o expedirían todas las pruebas a la Policía y a los familiares.

...



El plan que habían conseguido iniciar tenía muy buena pinta y confiaban en su éxito. Pensaba la pareja que, probablemente, los clientes ya estuviesen intentando contactar. Cerca de cien consumidores ansiosos por adquirir sus dosis semanales le estarían colapsando y cabreando muchísimo. Él, que tan celoso de su intimidad era, que tanto le importaba la imagen que pudieran tener los demás de él, lo enojado que estaría de recibir en su casa a los yonquis, llamando a voces a su puerta; y los vecinos asomados por la mirilla, hablarían durante semanas del espectáculo.

Con la adrenalina por los cielos; excitados por la venganza, cercanos por la intimidad de compartir un lazo de dependencia mutua, decidieron pasar la noche en la pensión. Juntos. Ni siquiera les dio tiempo a encender la luz de la habitación. Lucía llevaba la iniciativa. Se quitó la camiseta y el sujetador con rapidez. Desabrochó los dos botones de su pantalón y cogió con decisión la mano de Krasi guiándole por entre sus bragas. El vello púbico rasurado hacía una semana empezaba a raspar con cierta dureza, pero el lubricante natural que nacía del vientre de ella suavizaba el tacto. El calor de sus cuerpos contagiaba la reducida estancia. Él, erecto pero aún vestido, inspeccionaba con sus dedos el interior de la jugadora. Ella, entre gemidos, intentaba desnudarlo. Rasgó su camiseta y asestó un mordisco en el omóplato hiperdesarrollado del culturista, al mejor estilo de las vampiresas de Goethe. Krasi se quejó con ardor e izó como una pluma en el aire a la entrenadora, agarrándola con fuerza por el culo mientras la llevaba a la cama. La dejó caer en el colchón y se deshizo de sus pantalones. En un estado de semiconsciencia empezó a penetrarla con violencia. Ella contenía los gritos con dificultad y movía entre espasmos su cabeza. El orgasmo asomaba a los jóvenes, y justo en el instante del clímax y la descarga, en uno de los exagerados movimientos de Lucía, la jeringa antes perdida bajo la almohada, se le clavó con precisión en la carótida izquierda, derramando en su interior, él su semen; la cánula, su veneno.

...

Krasimir tardó varios segundos en comprender qué había sucedido. El coctel que Fran le preparó, el cual llevaba escrito el nombre de su muerte, había esquivado cruelmente su destino cruzándose en el de la jugadora. Enajenado por el dolor, quizás loco por la abstinencia, corrió desnudo por la calle hacia la vespa de Lucía. Llegó con el escaso tráfico de la noche hasta la casa de Fran completamente abstraído, derribó las puertas que lo separaron hasta el dormitorio y se arrojó contra el muchacho. Con sus propias manos le apretó el cuello y notó como crujía el hioides, como se hundía la garganta y la sangre abandonaba los ojos azules del tejedor.

...

Cuando el agente novato de la policía entró, alarmado por un vecino, y vio la imagen de un gigante desnudo, en la cama, encima de otro hombre, primero pensó que había interrumpido las relaciones de una pareja homosexual, sin embargo, al interpelarles, no encontró respuesta. Se acercó identificándose con voz alta y descubrió la verdadera razón de la grotesca imagen. Sólo pudo abatir al búlgaro al tercer disparo, pues los dos primeros no tuvieron el efecto disuasorio y no dudó en ejecutar a bocajarro al joven.

Al escuchar las detonaciones, subió corriendo el compañero veterano. Si bien, ya encontró los dos cadáveres que yacían aún calientes en la cama.

